

¿QUÉ ES LA LITERATURA?

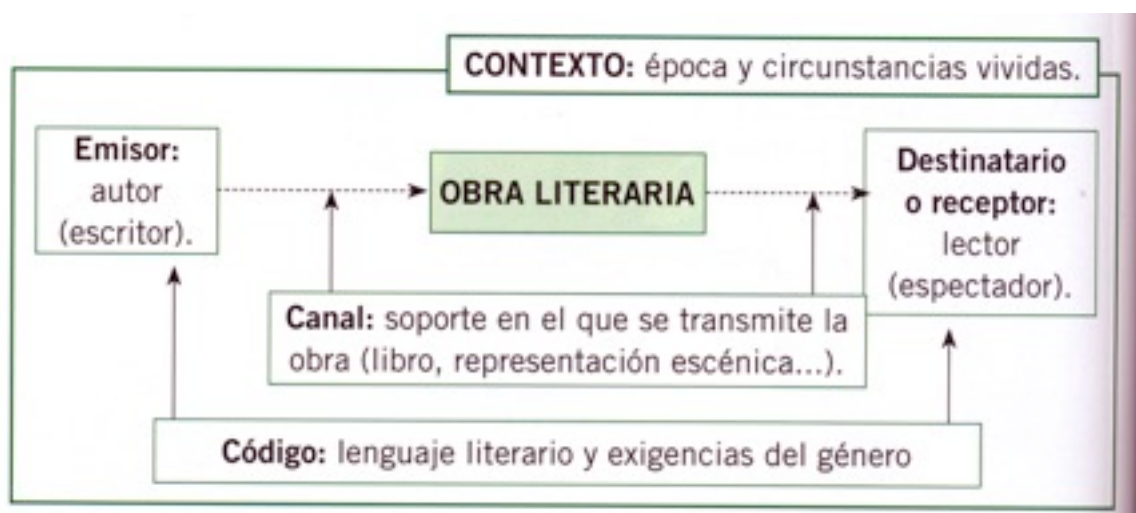


La literatura es un tesoro infinito de sensaciones, de experiencias y vidas que están a nuestra disposición. Gracias a los libros nuestro espíritu puede romper los límites del espacio y del tiempo, de manera que podemos vivir al mismo tiempo en nuestra propia habitación y en las playas de Troya, en las calles de Nueva York, en las llanuras heladas del Polo Norte, y podemos conocer a amigos tan fieles y tan íntimos como los que no siempre tenemos a nuestro lado pero que vivieron hace cincuenta años o veinticinco siglos. La literatura nos enseña a mirar dentro de nosotros y mucho más lejos del alcance de nuestra mirada. Es una ventana y también un espejo. Quiero decir: es necesaria.

Antonio Muñoz Molina: La disciplina de la imaginación. APE.

La **literatura** puede definirse como el conjunto de obras producidas a lo largo de la historia que son un reflejo de los acontecimientos históricos, sociales y culturales del momento en el que se escribieron. Por este motivo, es habitual que utilicemos una «etiqueta» para distinguir unos periodos literarios de otros: literatura *medieval, renacentista, barroca, ilustrada, neoclásica, romántica, realista, naturalista, modernista, vanguardista* ... Pero la literatura es, ante todo, un **acto de comunicación**.

El autor escribe su obra literaria con una clara intencionalidad comunicativa: relatar unos hechos, expresar un sentimiento ... ; es un **emisor** que transmite un **mensaje**. Para construir su obra utiliza el **código** lingüístico de una forma sugerente y muy original, y la hace llegar a unos **destinatarios**, los lectores, a través de un **canal** (generalmente, el libro).



De alguna manera, el escritor implica a los **destinatarios** o **receptores** porque han de reconstruir el **sentido** completo del texto literario, ya que está condicionado por su **contexto**: conjunto de circunstancias externas que han influido en la creación literaria, propias de la época en la que vivió el escritor y de su experiencia personal.

El contexto histórico, social y cultural

Un texto literario ha de interpretarse teniendo en cuenta estos condicionantes:

1. Las **circunstancias históricas** que caracterizan el tiempo en que vivió el autor. No se entendería *el Lazarillo* sin conocer la decadencia económica de la segunda mitad del siglo XVI.
2. Las **relaciones sociales** propias de la época del escritor y vividas por él. Por ejemplo, no se comprendería la crítica social que aparece en *el Quijote* si no lo ubicáramos en la España de principios del siglo XVII.
3. Las **características culturales** transmitidas como valores de una sociedad concreta que pueden cambiar con el paso del tiempo. Así, si no conociéramos aspectos como la difusión oral en la Edad Media, no entenderíamos por qué la historia de *el Cantar de mio Cid* está escrita en verso.

El lenguaje literario

Lo que hace que un texto sea literario es el uso que se hace del lenguaje. El escritor utiliza el **código** lingüístico de una forma especial, alejada del uso cotidiano de la lengua, y con una clara intencionalidad artística: llamar la atención del receptor sobre la forma del mensaje. Por tanto, la función predominante del lenguaje en un texto literario es la **función poética o estética**, que se logra a través de distintos procedimientos propios de la lengua literaria:

1. Es **subjetiva**: el escritor expresa sensaciones y experiencias que pueden haber sido vividas o no por él.
2. Es **imaginativa**: a través de las palabras sugiere al lector otros mundos que, a veces, no se corresponden con la realidad.
3. El escritor usa **figuras literarias** o recursos expresivos que intensifican, alteran o adornan el mensaje: se aleja del lenguaje habitual jugando con el significado de las palabras, con el ritmo, evocando ideas sugerentes, etc. Algunas de las figuras literarias más frecuentes son: **metáfora, símil, anáfora, paralelismo sintáctico, hipérbole, hipérbaton, aliteración, antítesis**, etc.
4. El escritor crea un **ritmo poético** que se consigue a través de la rima (consonante o asonante), el cómputo silábico (arte menor y arte mayor) y la estrofa o composición elegida por el poeta (terceto, copla, quinteto, lira, romance, soneto...).
5. El escritor utiliza un **léxico connotativo** o vocabulario muy rico, llamativo y, a veces, fuera de lo común, con subjetividad y evocando ideas muy personales.

LOS GÉNEROS LITERARIOS

La escritura de textos literarios se manifiesta bajo diferentes formas de expresión que responden a la intencionalidad comunicativa del escritor. Estas formas de expresión se canalizan a través de distintos **géneros: narrativo, lírico, dramático.**

El género narrativo

Al **género narrativo** pertenecen las obras en las que el escritor **relata acontecimientos** que les suceden a unos **personajes** en un **lugar** durante un **tiempo** concreto. También se denomina género **épico**, cuando se alude a la Antigüedad clásica, en la que muchas obras cuentan el origen de los pueblos, y a algunas obras occidentales de la Edad Media, que relatan episodios vividos por grandes héroes.

Observa este texto anónimo:

Un alacrán, que deseaba atravesar un río, le dijo a una rana:

—Llévame a tu espalda.

—¡Que te lleve a mi espalda!—contestó la rana—. ¡Ni pensar! ¡Te conozco! ¡Si te llevo a mi espalda, me picarás y me matarás!

—No seas estúpida —le dijo entonces el alacrán—. ¿No ves que si te pico te hundirás en el agua y que yo, como no sé nadar, también me ahogaré?

Los dos animales siguieron discutiendo durante un rato, y el alacrán se mostró tan persuasivo que la rana aceptó cruzar el río con él. Lo cargó sobre su resbaladiza espalda, donde él se agarró, y empezaron la travesía. Llegados en medio del gran río, allí donde se crean los remolinos, de repente el alacrán picó a la rana. Esta sintió que el veneno mortal se extendía por su cuerpo y, mientras se ahogaba, y con ella el alacrán, le gritó:

—¡Ves! ¡Te lo había dicho! ¿Pero, qué has hecho?

—No puedo evitarlo —contestó el alacrán antes de desaparecer en las aguas—. Es cuestión de carácter.

- **Punto de vista de la narración:** el narrador puede escribir su historia «dentro» del relato, como un personaje más, o fuera de ella. Utilizará, respectivamente, la **primera** o **tercera** persona. En el texto anterior está escrito en tercera persona y el narrador se sitúa fuera del relato .
- **Acontecimiento narrado:** lo que relata el autor; en el ejemplo, lo que le sucede a una rana cuando un alacrán le pide un favor .
- **Personajes:** el *protagonista* es el personaje en torno al cual se relata la historia; los personajes *secundarios* poseen también gran relevancia, ya que ayudan o se oponen a los protagonistas y son necesarios para el desarrollo del relato. En nuestro cuento, una rana y un alacrán comparten protagonismo.
- **Espacio:** es el lugar en el que se desarrolla el acontecimiento narrado; puede ser *abierto* (bosques, calles, a la orilla del mar ...) o *cerrado* (una casa, un castillo, un laboratorio, una escuela ...). En el cuento es abierto, a orillas de un río y dentro de él.
- **Tiempo:** los acontecimientos que se relatan suelen ubicarse en un periodo de tiempo concreto o *tiempo histórico* (año, día de la semana, siglo, época ...) o *tiempo cronológico*, referido a la duración de los acontecimientos (tres días, cinco años, varios siglos). En el ejemplo no se determina pero transcurre en un tiempo breve, válido para cualquier época.

Subgéneros narrativos	
En verso	En prosa
<ul style="list-style-type: none"> • Epopéya: poema extenso que narra los hechos heroicos de un pueblo. • Poema épico: poema con un número indeterminado de versos cuyas hazañas se centran en un héroe. • Romance épico: poema breve con versos octosílabos asonantes inspirados en los grandes héroes medievales. 	<ul style="list-style-type: none"> • Cuento: relato breve de ficción que desarrolla una única acción que acontece a unos personajes en un breve periodo de tiempo. • Novela: relato extenso que presenta un mundo imaginario más o menos cercano a la realidad y que narra acontecimientos que suceden a unos personajes en diferentes espacios durante un cierto tiempo. • Leyenda: relato breve basado en acontecimientos históricos o en tradiciones. Poseen elementos fantásticos e imaginarios.

El género lírico

Al **género lírico** pertenecen las obras en las que el escritor expresa subjetivamente su mundo interno, sus emociones, sus sentimientos. Suele escribirse en verso para acompañarlo de ritmo.

Su origen es muy antiguo, pues los hombres siempre se han sentido inspirados por emociones universales como el amor, la muerte, la tristeza, la alegría, la soledad ...

Observa cómo hemos comentado el siguiente texto anónimo:

<p>Si la noche se hace oscura y tan corto es el camino. ¿Cómo no venís, amigo? La media noche es pasada, y el que me pena no viene; mi ventura lo detiene porque soy muy desdichada. Véome desamparada; gran pasión tengo conmigo. ¿Cómo no venís, amigo?</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Voz lírica: persona que expresa el sentimiento; en este poema es una mujer, en primera persona.
	<ul style="list-style-type: none"> • Sentimiento: dolor por la ausencia de su amado (<i>amigo</i>).
	<ul style="list-style-type: none"> • Ritmo: lo marcan la rima, el verso de arte menor y las invocaciones interrogativas al amado que se repiten (<i>¿Cómo no venís, amigo?</i>) a modo de estribillo.

Subgéneros líricos

- **Oda:** poema, de origen clásico, que ensalza o alaba a alguien o a algo.
- **Elegía:** poema extenso que expresa sentimientos de dolor y tristeza ante la muerte de un ser querido.
- **Égloga:** composición poética en la que unos pastores refinados expresan sus sentimientos de amor en un mundo bucólico idealizado.
- **Sátira:** poema que ridiculiza vicios y defectos, con intención moralizante, divertida o burlesca.
- **Canción:** composición destinada al canto, con estribillos y paralelismos.
- **Romance lírico:** composición poética con un número indeterminado de versos octosílabos y rima asonante que expresan diversos sentimientos.

>> El análisis métrico

- Un **análisis métrico** consiste en medir los versos por sílabas.
¿*Cómo no venís, amigo?* (Có-mo-no-ve-nís-a-mi-go = 8 sílabas).
- Si el verso acaba en palabra aguda se añade una sílaba; si acaba en palabra esdrújula, se resta.
- Si una palabra termina en vocal y la siguiente empieza por vocal o por h se unen en una única sílaba; este recurso se denomina **sinalefa**: *Si la noche se hace oscura* (Si-la-no-che-se_ha-ce-os-cu-ra = 8 sílabas).
- El análisis métrico también incluye la **rima**.
- Es **rima consonante** si se repiten todos los sonidos, vocálicos y consonánticos a partir de la última vocal tónica (*camino - vecino*).
- Es **rima asonante** si solo se repiten los sonidos vocálicos (*camino - amigo*).

Indicaremos la rima con una letra (**a, b ...** si el verso tiene 8 o menos de ocho sílabas -arte menor-; **A, B ...** si tiene un número superior a 8 sílabas -arte mayor-). Cada letra ha de ser la misma en los versos que riman entre sí; si un verso no tiene rima con otros, se indica con una rayita.

- Por último, hay que determinar de qué **tipo de estrofa** se trata, a partir del análisis métrico y del número de versos que la componen.

El género dramático

Al **género dramático** pertenecen las obras en las que el escritor pone en boca de sus personajes acciones que les ocurren o **sentimientos y emociones** vividos por ellos. La presencia del escritor es escasa, salvo en las indicaciones que se dan en las **acotaciones** (indicaciones con las que el autor nos ofrece información para su representación, acerca de la entrada, salida o posición de los personajes, del vestuario, del decorado, de la iluminación ...). Un aparte es también una indicación del autor que sirve para que un personaje exprese en voz alta un pensamiento que necesita escuchar el público pero los actores fingen no oírlo.

El origen del teatro se relaciona en gran parte con el sentimiento religioso de una comunidad, ya que las primeras composiciones dramáticas están vinculadas a los ritos de carácter sagrado.

Observa cómo hemos comentado este texto:

FERNANDO.— Carmina.

CARMINA.— Déjeme ...

FERNANDO.— No, Carmina. Me huyes constantemente y esta vez tienes que escucharme.

CARMINA.— Por favor, Fernando... ¡Suélteme!

FERNANDO.— Cuando éramos chicos nos tuteábamos... ¿Por qué no me tuteas ahora? *(Pausa)*. ¿Ya no te acuerdas de aquel tiempo? Yo era tu novio y tú eras mi novia... Mi novia... Y nos sentábamos aquí *(Señalando los peldaños)*, en ese escalón, cansados de jugar..., a seguir jugando a los novios.

CARMINA.— Cállese.

FERNANDO.— Eras una mujercita preciosa. Y sigues siéndolo. Y no puedes haber olvidado. ¡Yo no he olvidado! Carmina, aquel tiempo es el único recuerdo maravilloso que conservo en medio de la sordidez en que vivimos. Y quería decirte... que siempre... has sido para mí lo que eras antes.

CARMINA.— ¡No te burles de mí!

FERNANDO.— ¡Te lo juro! (...)

CARMINA.— No puedo creerte. *(Intenta marcharse)*.

FERNANDO.— No, no. Te lo suplico. No te marches. Es preciso que me oigas... y que me creas. Ven. *(La lleva al primer peldaño)*. Como entonces. *(Con un ligero forcejeo la obliga a sentarse contra la pared y se sienta a su lado. Le quita la lechera y la deja junto a él. Le coge una mano)*.

Antonio Buero Vallejo: *Historia de una escalera*. Espasa Calpe.

- **Personajes:** Fernando y Carmina; intervienen en estilo directo.
- **Acción:** ambos se encuentran y rememoran viejos tiempos.
- **Sentimientos:** Fernando hace creer a Carmina que no la ha olvidado, que sigue amándola.
- **Espacio:** la escalera del edificio en el que ambos viven.
- **Acotaciones:** escritas entre paréntesis, indican los movimientos que han de hacer los actores para representar sendos papeles.

Subgéneros dramáticos
<ul style="list-style-type: none"> • Tragedia: presenta grandes conflictos entre un héroe y su destino abocados a un final trágico, incluso a la muerte. • Comedia: plantea conflictos entre personajes tratados con un tono humorístico. Su final siempre es feliz. • Drama: presenta graves conflictos entre personajes que no son héroes, sino seres humanos corrientes. Puede incorporar elementos cómicos, por eso, a veces, recibe el nombre de tragicomedia.

TEXTOS

1- Odisea (Homero). Canto IX, 252-565:

Primeras aventuras de Odiseo y encuentro con el Cíclope.

252 —¡Oh forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis navegando por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras?

256 Así dijo. Nos quebraba el corazón el temor que nos produjo su voz grave y su aspecto monstruoso. Mas, con todo eso, le respondí de esta manera:

259 —Somos aqueos a quienes extraviaron, al salir de Troya, vientos de toda clase, que nos llevan por el gran abismo del mar; deseosos de volver a nuestra patria llegamos aquí por otra ruta, por otros caminos, porque de tal suerte debió de ordenarlo Zeus. Nos preciamos de ser guerreros de Agamemnon Atrida, cuya gloria es inmensa debajo del cielo -¡tan grande ciudad ha destruido y a tantos hombres ha hecho perecer!-, y venimos a abrazar tus rodillas por si quisieras presentarnos los dones de la hospitalidad o hacernos algún otro regalo, como es costumbre entre los huéspedes. Respeta, pues, a los dioses, varón excelente; que nosotros somos ahora tus suplicantes. Y a suplicante y forasteros los venga Zeus hospitalario, el cual acompaña a los venerados huéspedes.

272 Así le hablé; y respondiome en seguida con ánimo cruel: —¡Oh forastero! Eres un simple o vienes de lejanas tierras cuando me exhortas a temer a los dioses y a guardarme de su cólera: que los cíclopes no se cuidan de Zeus, que lleva la égida, ni de los bienaventurados númenes, porque aun les ganan en ser poderosos; y yo no te perdonaría ni a ti ni a tus compañeros por temor a la enemistad de Zeus, si mi ánimo no me lo ordenase. Pero dime en qué sitio, al venir, dejaste la bien construida embarcación: si fue, por ventura, en lo más apartado de la playa o en un paraje cercano, a fin de que yo lo sepa.

281 Así dijo para tentarme. Pero su intención no me pasó inadvertida a mí que sé tanto, y de nuevo le hablé con engañosas palabras:

283 —Poseidón, que sacude la tierra, rompió mi nave llevándola a un promontorio y estrellándola contra las rocas en los confines de vuestra tierra, el viento que soplaba del ponto se la llevó y pudiera librame, junto con éstos, de una muerte terrible.

287 Así le dije. El cíclope, con ánimo cruel, no me dio respuesta; pero, levantándose de súbito, echó mano a los compañeros, agarró a dos y, cual si fuesen cachorrillos arrojólos a tierra con tamaña violencia que el encéfalo fluyó del suelo y mojó el piso. De contado despedazó los miembros, se aparejó una cena y se puso a comer como montaraz león, no dejando ni los intestinos, ni la carne, ni los medulosos huesos. Nosotros contemplábamos aquel horrible espectáculo con lágrimas en los ojos, alzando nuestras manos a Zeus; pues la desesperación se había señoreado de nuestro ánimo. El cíclope, tan luego como hubo llenado su enorme vientre, devorando carne humana y bebiendo encima leche sola, se acostó en la gruta tendiéndose en medio de las ovejas.

299 Entonces formé en mi magnánimo corazón el propósito de acercarme a él y, sacando la aguda espada que colgaba de mi muslo, herirle el pecho donde las entrañas rodean el hígado, palpándolo previamente; mas otra consideración me contuvo. Habríamos, en efecto, perecido allí de espantosa muerte,

a causa de no poder apartar con nuestras manos el grave pedrejón que el Cíclope colocó en la alta entrada. Y así, dando suspiros, aguardamos que apareciera la divina Aurora.

307 Cuando se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, el Cíclope encendió fuego y ordeñó las gordas ovejas, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. Acabadas con prontitud tales faenas, echó mano a otros dos de los míos, y con ellos se aparejó el almuerzo.

312 En acabando de comer sacó de la cueva los pingües ganados, removiendo con facilidad el enorme pedrejón de la puerta; pero al instante lo volvió a colocar, del mismo modo que si a un aljaba le pusiera su tapa.

315 Mientras el Cíclope agujaba con gran estrépito sus pingües rebaños hacia el monte, yo me quedé meditando siniestras trazas, por si de algún modo pudiese vengarme y Atenea me otorgara la victoria.

318 Al fin parecióme que la mejor resolución sería la siguiente. Echada en el suelo del establo veíase una gran clava de olivo verde, que el Cíclope había cortado para llevarla cuando se secase. Nosotros, al contemplarla, la comparábamos con el mástil de un negro y ancho bajel de transporte que tiene veinte remos y atraviesa el dilatado abismo del mar: tan larga y tan gruesa se nos presentó a la vista. Acerqueme a ella y corté una estaca como de una braza, que di a los compañeros, mandándoles que la puliesen. No bien la dejaron lisa, agucé uno de sus cabos, la endurecí, pasándola por el ardiente fuego, y la oculté cuidadosamente debajo del abundante estiércol esparcido por la gruta. Ordené entonces que se eligieran por suerte los que, uniéndose conmigo deberían atreverse a levantar la estaca y clavarla en el ojo del Cíclope cuando el dulce sueño le rindiese. Cayóles la suerte a los cuatro que yo mismo hubiera escogido en tal ocasión, y me junté con ellos formando el quinto.

336 Por la tarde volvió el Cíclope con el rebaño de hermoso vellón, que venía de pacer, e hizo entrar en la espaciosa gruta a todas las pingues reses, sin dejar a ninguna dentro del recinto; ya porque sospechase algo, ya porque algún dios se lo ordenara. Cerró la puerta con el pedrejón que llevó a pulso, sentóse, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito.

343 Acabadas con prontitud tales cosas, agarró a otros dos de mis amigos y con ellos se aparejó la cena. Entonces lleguéme al Cíclope, y teniendo en la mano una copa de negro vino, le hablé de esta manera:

347 —Toma, Cíclope, bebe vino, ya que comiste carne humana, a fin de que sepas qué bebida se guardaba en nuestro buque. Te lo traía para ofrecer una libación en el caso de que te apiadases de mi y me enviaras a mi casa, pero tú te enfureces de intolerable modo. ¡Cruel! ¿Cómo vendrá en lo sucesivo ninguno de los muchos hombres que existen, si no te portas como debieras?

353 Así le dije. Tomó el vino y bebióselo. Y gustóle tanto el dulce licor que me pidió más:

355 —Dame de buen grado más vino y hazme saber inmediatamente tu nombre para que te ofrezca un don hospitalario con el cual huelgues. Pues también a los Ciclopes la fértil tierra les produce vino en gruesos racimos, que crecen con la lluvia enviada por Zeus; mas esto se compone de ambrosía y néctar.

360 Así habló, y volví a servirle el negro vino: tres veces se lo presenté y tres veces bebió incautamente. Y cuando los vapores del vino envolvieron la mente del Cíclope, díjele con suaves palabras:

364 —¡Cíclope! Preguntas cual es mi nombre ilustre y voy a decírtelo pero dame el presente de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es Nadie; y Nadie me llaman mi madre, mi padre y mis compañeros todos.

368 Así le hablé; y enseguida me respondió con ánimo cruel: —A Nadie me lo comeré al último, después de sus compañeros, y a todos los demás antes que a él: tal será el don hospitalario que te ofrezca.

371 Dijo, tiróse hacia atrás y cayó de espaldas. Así echado, dobló la gruesa cerviz y vencióle el sueño, que todo lo rinde: salióle de la garganta el vino con pedazos de carne humana, y eructaba por estar cargado de vino.

375 Entonces metí la estaca debajo del abundante rescoldo, para calentarla, y animé con mis palabras a todos los compañeros: no fuera que alguno, poseído de miedo, se retirase. Mas cuando la estaca de olivo, con ser verde, estaba a punto de arder y relumbraba intensamente, fui y la saqué del fuego; rodeáronme mis compañeros, y una deidad nos infundió gran audacia. Ellos, tomando la estaca de olivo, hincáronla por la aguzada punta en el ojo del Cíclope; y yo, alzándome, hacíaala girar por arriba. De la suerte que cuando un hombre taladra con el barreno el mástil de un navío, otros lo mueven por debajo con una correa, que asen por ambas extremidades, y aquél da vueltas continuamente: así nosotros, asiendo la estaca de ígnea punta, la hacíamos girar en el ojo del Cíclope y la sangre brotaba alrededor del ardiente palo. Quemóle el ardoroso vapor párpados y cejas, en cuanto la pupila estaba ardiendo y sus raíces crepitaban por la acción del fuego. Así como el broncista, para dar el temple que es la fuerza del hierro, sumerge en agua fría una gran segur o un hacha que rechina grandemente, de igual manera rechinaba el ojo del Cíclope en torno de la estaca de olivo. Dió el Cíclope un fuerte y horrendo gemido, retumbó la roca, y nosotros, amedrentados, huimos prestamente; mas él se arrancó la estaca, toda manchada de sangre, arrojóla furioso lejos de sí y se puso a llamar con altos gritos a los Cíclopes que habitaban a su alrededor, dentro de cuevas, en los ventosos promontorios. En oyendo sus voces, acudieron muchos, quién por un lado y quién por otro, y parándose junto a la cueva, le preguntaron qué le angustiaba:

403 —¿Por qué tan enojado, oh Polifemo, gritas de semejante modo en la divina noche, despertándonos a todos? ¿Acaso algún hombre se lleva tus ovejas mal de tu grado? ¿O, por ventura, te matan con engaño o con fuerza?

407 Respondióles desde la cueva el robusto Polifemo: —¡Oh, amigos! "Nadie" me mata con engaño, no con fuerza.

409 Y ellos le contestaron con estas aladas palabras: —Pues si nadie te hace fuerza, ya que estás solo, no es posible evitar la enfermedad que envía el gran Zeus, pero, ruega a tu padre, el soberano Poseidón.

413 Apenas acabaron de hablar, se fueron todos; y yo me reí en mi corazón de cómo mi nombre y mi excelente artificio les había engañado. El Cíclope, gimiendo por los grandes dolores que padecía, anduvo a tientas, quitó el peñasco de la puerta y se sentó a la entrada, tendiendo los brazos por si lograba echar mano a alguien que saliera con las ovejas; ¡tan mentecato esperaba que yo fuese!

420 Mas yo meditaba cómo pudiera aquel lance acabar mejor y si hallaría algún arbitrio para librar de la muerte a mis compañeros y a mí mismo. Revolví toda clase de engaños y de artificios, como que se trataba de la vida y un gran mal era inminente, y al fin parecióme la mejor resolución la que voy a decir. Había unos carneros bien alimentados, hermosos, grandes, de espesa y obscura lana; y, sin desplegar los labios, los ató de tres en tres, entrelazando mimbres de aquellos sobre los cuales dormía el monstruoso e injusto Cíclope: y así el del centro llevaba a un hombre y los otros dos iban a entre ambos lados para que salvaran a mis compañeros.

431 Tres carneros llevaban por tanto, a cada varón; mas yo viendo que había otro carnero que sobresalía entre todas las reses, lo así por la espalda, me deslicé al vedijudo vientre y me quedé agarrado con ambas

manos a la abundantísima lana, manteniéndome en esta postura con ánimo paciente. Así, profiriendo suspiros, aguardamos la aparición de la divina Aurora.

437 Cuando se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, los machos salieron presurosos a pacer, y las hembras, como no se las había ordeñado, balaban en el corral con las tetas retesadas. Su amo, afligido por los dolores, palpaba el lomo a todas las reses que estaban de pie, y el simple no advirtió que mis compañeros iban atados a los pechos de los vedijudos animales. El último en tomar el camino de la puerta fue mi carnero, cargado de su lana y de mí mismo, que pensaba en muchas cosas. Y el robusto Polifemo lo palpó y así le dijo:

447 —¡Carnero querido! ¿Por qué sales de la gruta el postrero del rebaño? Nunca te quedaste detrás de las ovejas, sino que, andando a buen paso pacías el primero las tiernas flores de la hierba, llegabas el primero a las corrientes de los ríos y eras quien primero deseaba volver al establo al caer de la tarde; mas ahora vienes, por el contrario, el último de todos. Sin duda echarás de menos el ojo de tu señor, a quien cegó un hombre malvado con sus perniciosos compañeros, perturbándole las mentes con el vino. Nadie, pero me figuro que aun no se ha librado de una terrible muerte. ¡Si tuvieras mis sentimientos y pudieses hablar, para indicarme dónde evita mi furor! Pronto su cerebro, molido a golpes, se esparciría acá y acullá por el suelo de la gruta, y mi corazón se aliviaría de los daños que me ha causado ese despreciable Nadie.

461 Diciendo así, dejó el carnero y lo echó afuera. Cuando estuvimos algo apartados de la cueva y del corral, soltéme del carnero y desaté a los amigos. Al punto antecogimos aquellas gordas reses de gráciles piernas y, dando muchos rodeos, llegamos por fin a la nave.

466 Nuestros compañeros se alegraron de vernos a nosotros, que nos habíamos librado de la muerte, y empezaron a gemir y a sollozar por los demás. Pero yo haciéndoles una señal con las cejas, les prohibí el llanto y les mandé que cargaran presto en la nave muchas de aquellas reses de hermoso vellón y volviéramos a surcar el agua salobre. Embarcáronse en seguida y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar.

473 Y, en estando tan lejos cuanto se deja oír un hombre que grita, hablé al Cíclope con estas mordaces palabras:

475 —¡Cíclope! No debías emplear tu gran fuerza para comerte en la honda gruta a los amigos de un varón indefenso. Las consecuencias de tus malas acciones habían de alcanzarte, oh cruel, ya que no temiste devorar a tus huéspedes en tu misma morada; por eso Zeus y los demás dioses te han castigado.

480 Así le dije; y él, airándose más en su corazón, arrancó la cumbre de una gran montaña, arrojóla delante de nuestra embarcación de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco y las olas, al refluir desde el ponto, empujaron la nave hacia el continente y la llevaron a tierra firme. Pero yo, asiendo con ambas manos un larguísimo botador, echéla al mar y ordené a mis compañeros, haciéndoles con la cabeza silenciosa señal, que apretaran con los remos a fin de librarnos de aquel peligro. Encorváronse todos y empezaron a remar. Mas, al hallarnos dentro del mar, a una distancia doble de la de antes, hablé al Cíclope, a pesar de que mis compañeros me rodeaban y pretendían disuadirme con suaves palabras unos por un lado y otros por el opuesto:

494 —¡Desgraciado! ¿Por qué quieres irritar a ese hombre feroz que con lo que tiró al ponto hizo volver la nave a tierra firme donde creíamos encontrar la muerte? Si oyera que alguien da voces o habla, nos aplastaría la cabeza y el maderamen del barco, arrojándonos áspero peñón. ¡Tan lejos llegan sus tiros!

500 Así se expresaban. Mas no lograron quebrantar la firmeza de mi corazón magnánimo; y, con el corazón irritado, le hablé otra vez con estas palabras:

502 —¡Ciclope! Si alguno de los mortales hombres te pregunta la causa de tu vergonzosa ceguera, dile que quien te privó del ojo fue Odiseo, el asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Itaca.

506 Así dije: y él, dando un suspiro, respondió: —¡Oh dioses! Cumpliéronse los antiguos pronósticos. Hubo aquí un adivino excelente y grande, Telémaco Aurímida, el cual descollaba en el arte adivinatoria y llegó a la senectud profetizando entre los ciclopes; éste, pues, me vaticinó lo que hoy sucede: que sería privado de la vista por mano de Odiseo. Mas esperaba yo que llegase un varón de gran estatura, gallardo, de mucha fuerza; y es un hombre pequeño, despreciable y menguado quien me cegó el ojo, subyugándome con el vino. Pero, ea, vuelve, Odiseo, para que te ofrezca los dones de la hospitalidad y exhorte al ínclito dios que bate la tierra, a que te conduzca a la patria; que soy su hijo y él se gloria de ser mi padre. Y será él, si te place, quien me curará y no otro alguno de los bienaventurados dioses ni de los mortales hombres.

522 Habló, pues, de esta suerte; y le contesté diciendo:

523 —¡Así pudiera quitarte el alma y la vida, y enviarte a la morada de Hades, como ni el mismo dios que sacude la tierra te curará el ojo!

526 Así dije. Y el Cíclope oró en seguida al soberano Poseidón alzando las manos al estrellado cielo:

528 —¡Oyeme, Poseidón que ciñes la tierra, dios de cerúlea cabellera! Si en verdad soy tuyo y tú te glorias de ser mi padre, concédeme que Odiseo, asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Itaca, no vuelva nunca a su palacio. Mas si le está destinado que ha de ver a los suyos y volver a su bien construida casa y a su patria, sea tarde y mal, en nave ajena, después de perder todos los compañeros, y se encuentre con nuevas cuitas en su morada!

536 Así dijo rogando, y le oyó el dios de cerúlea cabellera. Acto seguido tomó el Cíclope un peñasco mucho mayor que el de antes, lo despidió, haciendo voltear con fuerza inmensa, arrojóse detrás de nuestro bajel de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco, y las olas, empujando la embarcación hacia adelante, hicieronla llegar a tierra firme.

543 Así que arribamos a la isla donde estaban juntos los restantes navíos, de muchos bancos, y en su contorno los compañeros que nos aguardaban llorando, saltamos a la orilla del mar y sacamos la nave a la arena. Y, tomando de la cóncava embarcación las reses del Cíclope, nos las repartimos de modo que ninguno se quedara sin su parte. En esta partición que se hizo del ganado, mis compañeros, de hermosas grebas, asignáronme el carnero, además de lo que me correspondía; y yo lo sacrifiqué en la playa a Zeus Cronida, que amontona las nubes y sobre todos reina, quemando en su obsequio ambos muslos. Pero el dios, sin hacer caso del sacrificio, meditaba como podrían llegar a perderse todas mis naves de muchos bancos con los fieles compañeros.

556 Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y sobrevino la obscuridad, nos acostamos en la orilla del mar.

560 Pero, apenas se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, ordené a mis compañeros que subieran a la nave y desataran las amarras. Embarcáronse prestamente y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar.

565 Desde allí seguimos adelante, con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte, aunque perdimos algunos compañeros.

2- LOS VIAJES DE GULLIVER (Jonathan Swift)

Primera parte: Un viaje a Lilibut

Capítulo primero. *El autor da algunas referencias de sí y de su familia y de sus primeras inclinaciones a viajar. Naufraga, se salva a nado y toma tierra en el país de Lilibut, donde es hecho prisionero e internado...*

Me pidió que no tomase a mal que diese orden a ciertos correctos funcionarios de que me registrasen, porque suponía él que llevaría yo conmigo varias armas que por fuerza habían de ser cosas peligrosísimas si correspondían a la corpulencia de persona tan prodigiosa. Dije que Su Majestad sería satisfecho, porque estaba dispuesto a desnudarme y a volver las faltriqueras delante de él. Esto lo manifesté, parte de palabra, parte por señas. Replicó él que, de acuerdo con las leyes del reino, debían registrarme dos funcionarios; y aunque él sabía que esto no podría hacerse sin mi consentimiento y ayuda, tenía tan buena opinión de mi generosidad y de mi justicia que confiaba en mis manos las personas de sus funcionarios añadiendo que cualquier cosa que me fuese tomada me sería devuelta cuando saliera del país o pagada al precio que yo quisiera ponerle. Tomé a los funcionarios en mis manos y los puse primeramente en los bolsillos de la casaca y luego en todos los demás que el traje llevaba, excepto los dos de la pretina y un bolsillo secreto que no quise que me registrasen y en que guardaba yo alguna cosilla de mi uso que a nadie podía interesar sino a mí. Por lo que hace a los bolsillos de la pretina, en uno llevaba un reloj de plata, y en el otro una pequeña cantidad de oro en una bolsa. Aquellos caballeros, provistos de pluma, tinta y papel, hicieron un exacto inventario de cuanto vieron, y cuando hubieron terminado me pidieron que los bajase para ir a entregárselo al emperador. Este inventario, vertido por mí más tarde dice literalmente como sigue:

«*Imprimis.* En el bolsillo derecho de la casaca del «Gran-Hombre-Montaña» (así traduzco *Quinbus Flestrin*), después del más detenido registro, encontramos sólo una gran pieza de tela ordinaria, de bastante tamaño para servir de alfombra en la gran sala del trono de Vuestra Majestad. En el bolsillo izquierdo vimos una enorme arca de plata, con tapa del mismo metal, que nosotros los comisionados no pudimos alzar. Expresamos nuestro deseo de que fuese abierta, y uno de nosotros se metió en ella, y se encontró hasta media pierna en una especie de polvo, parte del cual nos voló a la cara y nos obligó a estornudar varias veces a los dos. En el bolsillo derecho del chaleco encontramos un enorme envoltorio de objetos blancos, delgados, doblados unos sobre otros, del grandor aproximado de tres hombres, atado con un fuerte cable y marcado con cifras negras, que nosotros, con todos los respetos, suponemos que son escrituras, de letras casi como la mitad de nuestra palma de la mano cada una. En el izquierdo había una especie de artefacto, del dorso del cual se elevaban veinte largas pértigas -algo así como la estacada que hay ante el palacio de Vuestra Majestad-, y con lo cual conjeturamos que el Hombre-Montaña se peina la cabeza, pues no siempre nos decidimos a molestarle con preguntas, a causa de las grandes dificultades que encontrábamos para hacernos comprender de él. En el gran bolsillo del lado derecho de su cubierta media -así traduzco la palabra *Ranfu-lo*, con que designaban mis calzones- vimos una columna de hierro hueca, de la altura de un hombre, sujeta a un sólido trozo de viga mayor que la columna; de un lado de ésta salían enormes pedazos de hierro, de formas extrañas, que no sabemos para qué puedan servir. En el bolsillo izquierdo, otra máquina de la misma clase. En el bolsillo más pequeño del lado derecho había varios trozos redondos y planos de metal blanco y rojo, de tamaños diferentes; algunos de los trozos blancos, que parecían ser de plata, eran tan grandes y pesados que apenas pudimos levantarlos entre los dos. En el bolsillo izquierdo había dos columnas negras de forma irregular; con dificultad alcanzábamos a su extremo superior desde el fondo del bolsillo. Una de ellas estaba tapada y parecía toda de una pieza; pero en la parte alta de la otra

aparecía un objeto redondo, blanco, dos veces como nuestra cabeza de grande, aproximadamente. Dentro de cada uno había cerradas la presión de su vientre. Del de la derecha minado por nuestras órdenes, tuvo que enseñarnos el Gran-Hombre-Montaña, pues sospechábamos que pudieran ser máquinas peligrosas. Las sacó de sus cajas y nos dijo que en su país tenía por costumbre afeitarse la barba con una de ellas y cortar la carne con la otra. Había dos bolsillos en que no pudimos entrar: los llamaba él sus bolsillos de pretina, y eran dos grandes rajas abiertas en la parte superior de su media cubierta, pero que mantenía cerradas la presión de su vientre. Del de la derecha colgaba una gran cadena de plata, con una extraordinaria suerte de máquina al extremo. Le ordenamos sacar lo que hubiese sujeto a esta cadena, que resultó ser una esfera la mitad de plata y la otra mitad de un metal transparente, porque en el lado transparente vimos ciertas extrañas cifras, dibujadas en circunferencia, y que creímos poder tocar, hasta que notamos que nos detenía los dedos aquella substancia diáfana. Nos acercó a los oídos este aparato, que producía un ruido incesante, como el de una aceña. Imaginamos que es, o algún animal desconocido, o el dios que él adora; aunque nos inclinamos a la última opinión, porque nos aseguró -si es que no le entendimos mal, ya que se expresaba muy imperfectamente- que rara vez hacía nada sin consultarlo. Le llamaba su oráculo, y dijo que señalaba cuándo era tiempo para todas las acciones de su vida. De la faltriquera izquierda sacó una red que casi bastaría a un pescador, pero dispuesta para abrirse y cerrarse como una bolsa, y de que se servía justamente para este uso. Dentro encontramos varios pesados trozos de metal amarillo, que, si son efectivamente de oro, deben tener incalculable valor.

»Una vez que así hubimos, obedeciendo las órdenes de Vuestra Majestad, registrado diligentemente todos sus bolsillos, observamos alrededor de su cintura una pretina hecha de la piel de algún gigantesco animal, de la cual pretina, por el lado izquierdo, colgaba una espada del largo de cinco hombres, y por el derecho, un talego o bolsa, dividido en dos cavidades, capaz cada una de ellas para tres súbditos de Vuestra Majestad. En una de estas cavidades había varias esferas o bolas de un metal pesadísimo, del tamaño de nuestra cabeza aproximadamente, y para levantar las cuales hacía falta buen brazo. La otra cavidad contenía un montón de ciertos granos negros, no de gran tamaño ni peso, pues pudimos tener más de cincuenta en la palma de la mano.

»Esto es exacto inventario de lo que encontramos sobre el cuerpo del Hombre-Montaña, quien se comportó con nosotros muy correctamente y con el respeto debido a la comisión de Vuestra Majestad. Firmado y sellado en el cuarto día de la octogésimanovena luna del próspero reinado de Vuestra Majestad. - Clefrin Frellock, Marsi Frellock.»

El emperador, cuando le fue leído este inventario, me ordenó, aunque en términos muy amables, que entregase los distintos objetos que en él se mencionaban.

3- YO VOY SOÑANDO CAMINOS (Antonio Machado)

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...
¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...
-la tarde cayendo está-
“En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
“ya no siento el corazón”.

Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:
“Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada”.

4- CAMINANTE NO HAY CAMINO (Antonio Machado)

Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre el mar.

Nunca perseguí la gloria,
ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles,
como pompas de jabón.

Me gusta verlos pintarse
de sol y grana, volar

bajo el cielo azul, temblar
súbitamente y quebrarse...

Nunca perseguí la gloria.

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

Al andar se hace camino
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.

Caminante no hay camino
sino estelas en la mar...

Hace algún tiempo en ese lugar
donde hoy los bosques se visten de espinos
se oyó la voz de un poeta gritar
"Caminante no hay camino,
se hace camino al andar..."

Golpe a golpe, verso a verso...

Murió el poeta lejos del hogar.
Le cubre el polvo de un país vecino.
Al alejarse le vieron llorar.
"Caminante no hay camino,
se hace camino al andar..."

Golpe a golpe, verso a verso...

Cuando el jilguero no puede cantar.
Cuando el poeta es un peregrino,
cuando de nada nos sirve rezar.
"Caminante no hay camino,
se hace camino al andar..."

Golpe a golpe, verso a verso.

5- BODAS DE SANGRE (Federico García Lorca)

1. ACTO I. CUADRO I

Madre: *(Entre dientes y buscándola)* La navaja, la navaja... Malditas sean todas y el bribón que las inventó.

Novio: Vamos a otro asunto.

Madre: Y las escopetas, y las pistolas, y el cuchillo más pequeño, y hasta las azadas y los biellos de la era.

Novio: Bueno.

Madre: Todo lo que puede cortar el cuerpo de un hombre. Un hombre hermoso, con su flor en la boca, que sale a las viñas o va a sus olivos propios, porque son de él, heredados...

Novio: *(Bajando la cabeza)* Calle usted.

Madre: ... y ese hombre no vuelve. O si vuelve es para ponerle una palma encima o un plato de sal gorda para que no se hinche. No sé cómo te atreves a llevar una navaja en tu cuerpo, ni cómo yo dejo a la serpiente dentro del arcón.

Novio: ¿Está bueno ya?

Madre: Cien años que yo viviera no hablaría de otra cosa. Primero, tu padre, que me olía a clavel y lo disfruté tres años escasos. Luego, tu hermano. ¿Y es justo y puede ser que una cosa pequeña como una pistola o una navaja pueda acabar con un hombre, que es un toro? No callaría nunca. Pasan los meses y la desesperación me pica en los ojos y hasta en las puntas del pelo.

Novio: *(Fuerte)* ¿Vamos a acabar?

Madre: No. No vamos a acabar. ¿Me puede alguien traer a tu padre y a tu hermano? Y luego, el presidio. ¿Qué es el presidio? ¡Allí comen, allí fuman, allí tocan los instrumentos! Mis muertos, llenos de hierba, sin hablar, hechos polvo; dos hombres que eran dos geranios... Los matadores, en presidio, frescos, viendo los montes...

Novio: ¿Es que quiere usted que los mate?

Madre: No... Si hablo, es porque... ¿Cómo no voy a hablar viéndote salir por esa puerta? Es que no me gusta que lleves navaja. Es que.... que no quisiera que salieras al campo.

Novio: *(Riendo)* ¡Vamos!

Madre: Que me gustaría que fueras una mujer. No te irías al arroyo ahora y bordaríamos las dos cenefas y perritos de lana.

2. ACTO I. CUADRO II

Suegra: Se van a juntar dos buenos capitales.

(Aparecen Leonardo y su mujer)

Muchacha: Vengo a deciros lo que están comprando.

Leonardo: *(Fuerte)* No nos importa.

Mujer: Déjala.

Suegra: Leonardo, no es para tanto.

Muchacha: Usted dispense. *(Se va llorando.)*

Suegra: ¿Qué necesidad tienes de ponerte a mal con las gentes?

Leonardo: No le he preguntado su opinión. *(Se sienta)*

Suegra: Está bien.

(Pausa)

Mujer: *(A Leonardo)* ¿Qué te pasa? ¿Qué idea te bulle por dentro de cabeza? No me dejes así, sin saber nada...

Leonardo: Quita.

Mujer: No. Quiero que me mires y me lo digas.

Leonardo: Déjame. *(Se levanta.)*

Mujer: ¿Adónde vas, hijo?

Leonardo: *(Agrío)* ¿Te puedes callar?

Suegra: *(Enérgica, a su hija)* ¡Cállate! *(Sale Leonardo)* ¡El niño! *(Entra y vuelve a salir con él en brazos.)* *(La mujer ha permanecido de pie, inmóvil)*

Las patas heridas,

las crines heladas,

dentro de los ojos

un puñal de plata.

Bajaban al río.

La sangre corría

más fuerte que el agua.

Mujer: *(Volviéndose lentamente y como soñando)*

Duérmete, clavel,

que el caballo se pone a beber.

Suegra:

Duérmete, rosál,

que el caballo se pone a llorar.

Mujer:

Nana, niño, nana.

Suegra:

Ay, caballo grande,

que no quiso el agua!

Mujer: *(Dramática)*

¡No vengas, no entres!

¡Vete a la montaña!

¡Ay dolor de nieve,

caballo del alba!

Suegra: *(Llorando)*

Mi niño se duerme...

Mujer: *(Llorando y acercándose lentamente)*

Mi niño descansa...

Suegra:

Duérmete, clavel,

que el caballo no quiere beber.

Mujer: *(Llorando y apoyándose sobre la mesa.)*

Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.

Telón

3. ACTO II. CUADRO II

Madre: *(Entrando)* ¡Por fin!

Padre: ¿Somos los primeros?

Criada: No. Hace rato llegó Leonardo con su mujer. Corrieron como demonios. La mujer llegó muerta de miedo. Hicieron el camino como si hubieran venido a caballo.

Padre: Ese busca la desgracia. No tiene buena sangre.

Madre: ¿Qué sangre va a tener? La de toda su familia. Mana de su bisabuelo, que empezó matando, y sigue en toda la mala ralea, manejadores de cuchillos y gente de falsa sonrisa.

Padre: ¡Vamos a dejarlo!

Criada: ¿Cómo lo va a dejar?

Madre: Me duele hasta la punta de las venas. En la frente de todos ellos yo no veo más que la mano con que mataron a lo que era mío. ¿Tú me ves a mí? ¿No te parezco loca? Pues es loca de no haber gritado todo lo que mi pecho necesita. Tengo en mi pecho un grito siempre puesto de pie a quien tengo que castigar y meter entre los mantos. Pero me llevan a los muertos y hay que callar. Luego la gente critica. *(Se quita el manto)*

Padre: Hoy no es día de que te acuerdes de esas cosas.

Madre: Cuando sale la conversación, tengo que hablar. Y hoy más. Porque hoy me quedo sola en mi casa.

Padre: En espera de estar acompañada.

Madre: Esa es mi ilusión: los nietos. *(Se sientan.)*

Padre: Yo quiero que tengan muchos. Esta tierra necesita brazos que no sean pagados. Hay que sostener una batalla con las malas hierbas, con los cardos, con los pedruscos que salen no se sabe dónde. Y estos brazos tienen que ser de los dueños, que castiguen y que dominen, que hagan brotar las simientes. Se necesitan muchos hijos.

Madre: ¡Y alguna hija! ¡Los varones son del viento! Tienen por fuerza que manejar armas. Las niñas no salen jamás a la calle.

Padre: *(Alegre)* Yo creo que tendrán de todo.

Madre: Mi hijo la cubrirá bien. Es de buena simiente. Su padre pudo haber tenido conmigo muchos hijos.

Padre: Lo que yo quisiera es que esto fuera cosa de un día. Que en seguida tuvieran dos o tres hombres.

Madre: Pero no es así. Se tarda mucho. Por eso es tan terrible ver la sangre de una derramada por el suelo. Una fuente que corre un minuto y a nosotros nos ha costado años. Cuando yo llegué a ver a mi hijo, estaba tumbado en mitad de la calle. Me mojé las manos de sangre y me las lamí con la lengua. Porque era mía. Tú no sabes lo que es eso. En una custodia de cristal y topacios pondría yo la tierra empapada por ella.

Padre: Ahora tienes que esperar. Mi hija es ancha y tu hijo es fuerte.

Madre: Así espero. *(Se levantan.)*